

JOAN PIRIS FRÍGOLA

Reavivando las brasas

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • 2023

© Biblioteca de Autores Cristianos, 2023
Manuel Uribe, 4. 28033 Madrid
www.bac-editorial.es

Depósito legal: M-5432-2023
ISBN: 978-84-220-2278-7

Preimpresión: BAC
Impresión: Gráficas Dehon, Torrejón de Ardoz (Madrid)

Impreso en España. Printed in Spain

Imagen de cubierta: Nieves Perucha
Diseño: BAC

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ÍNDICE GENERAL

Presentación, por Mons. Antonio Cañizares Llovera...	9
Introducción	11
CAPÍTULO I. Revitalizar la existencia en un nuevo contexto	23
1. El encargo de Jesús permanece	23
2. Admirar y agradecer a tantos jubilados que siguen activos	26
3. Un ministerio fecundo a cualquier edad: la oración	30
4. Una mirada a esta etapa a la luz de la Biblia ..	32
5. Crecer en libertad saliendo de uno mismo y de sus circunstancias.....	37
CAPÍTULO II. Una imperiosa necesidad: dar calidad a nuestra fe	41
1. No basta con creer en la existencia de Dios ...	41
2. Transmitimos al Dios que vivimos	42
3. El necesario encuentro personal con Jesús	44
4. Para ser sus testigos	49
5. Con una fe de calidad probada	51
6. Imprescindible dejarse cuestionar	53
CAPÍTULO III. Ser «gente de alpargata» que promueve la comunión	57
1. Es preciso elegir	57
2. Jesús llama siempre a dar un paso más	59
3. Construir entre todos y para el bien de todos..	63

4. La fecundidad de la escucha y el diálogo.....	67
5. El amor solidario y efectivo con los más frágiles	69
6. Un componente necesario: la comunión eclesial.....	75
7. «Que todos sean uno... para que el mundo crea» (Jn 17)	79
CAPÍTULO IV. Una provocación: «dadles vosotros de comer» (Lc 9,13)	85
1. Compartir nos hace más humanos	85
2. ¿De qué solidaridad hablamos?	89
3. ¿Qué has hecho con tu hermano?	97
4. Pero no basta una mística de la fraternidad... ..	101
5. Mirar con realismo, valorar con esperanza, actuar con imaginación	103
CAPÍTULO V. Acompañar y ser acompañados	107
1. Caminar juntos abiertos al diálogo y cooperando con «los otros».....	107
2. Participar en iniciativas que favorezcan una sociedad más justa	109
3. Un acompañamiento como verdadero ministerio de la caridad.....	112
4. La mejor manera de acompañar a las personas es salir a su encuentro	115
5. La cultura del cuidado como línea de espiritualidad	117
6. También cuidando y protegiendo la creación. .	119
7. No nos cansemos de hacer el bien	123
8. Estamos hechos para la fiesta	124

PRESENTACIÓN

Lo primero que tengo que decir al presentar este libro es: «Gracias a ti, mi querido hermano y amigo, obispo Joan». Has hecho un gran servicio a la Iglesia y a los obispos, pero también a todos los mayores que, por edad, tenemos que dejar paso a otros que vienen tras nosotros —yo mismo voy a cumplir 77 años el día de santa Teresa, el próximo mes de octubre—.

La lectura de este libro ha acrecentado la fe, la acción de gracias y me ha hecho entonar interiormente el magnificat por cuanto Dios ha hecho en mí y por mí: maravillas, que debo reconocer como don y obra suya, y que ahora, una vez presentada mi renuncia al santo padre al cumplir los 75 años y dispuesto a que sea aceptada en cualquier momento en el ejercicio activo de mi ministerio episcopal como arzobispo de Valencia, espero y pido que lo sembrado por él a través de mi humilde servicio no se apague, sino que quede como rescoldo vivo que reclama ser reavivado, como nos dice Joan Piris en este libro, *Reavivando las brasas*, y a buen seguro que contribuiré a ello con mi oración, con la eucaristía diaria y mi adoración, con mi cercanía y ayuda a quien Dios disponga como mi sucesor, con mi gran amor a este queridísimo pueblo valenciano —a la Iglesia que está en Valencia, de la que he recibido tanto—, especialmente a mis hermanos sacerdotes y diáconos con mi apertura, mi disponibilidad y servicio a todos y a cuanto se me pida, porque, como nos dijo el papa Francisco en la visita *ad limina*, no me jubilo, paso a ser obispo de otra manera, pero como el padre y pastor que nunca dejaré de ser, tal y como nos dice D. Joan Piris, en este libro testimonial y que tanta esperanza suscita.

Al prologar esta obra, recogiendo una ínfima parte de su enseñanza, quiero dirigirme a las personas mayores y a los ancianos para decirles:

Gracias a Dios por vosotros; os debemos muchísimo, Dios os quiere, sois acumulación de amor, de sabiduría, de trabajo, de experiencia, de sacrificio y entrega hasta el final de vuestros días, renunciáis a todo por los hijos, por los nietos. Daríais la vida por ellos, y así reflejáis a Dios mismo, que se da todo y lo da todo; ahora sentís el peso de los años, que no pasan en balde; os pueden faltar un poco las fuerzas, y eso os lleva a uniros más a Jesús, a Dios, a lo que Dios quiera, a la cruz, que es amor hasta el extremo; habéis corrido la carrera, estáis más cerca de la meta, esperad a recibir el premio, y que Dios os pague, como él sabe pagar, el premio de vuestro trabajo, de vuestra vida de amor y servicio: la gloria. Es la hora de recibir el premio, preparaos para este momento, tened en cuenta lo que dice aquella canción: «Que a jornal de gloria no hay, no ha habido trabajo grande», vivid con esa confianza y esperanza. Transmitid la fe a vuestros nietos, esa es la mejor herencia que podéis dejarles. Que la Virgen María os acompañe a vosotros y a vuestras familias.

Querido Joan, querido amigo, una vez más: ¡GRACIAS, HE APRENDIDO MUCHO CON TUS ENSEÑANZAS!; que cuantos lo lean, y yo mismo, pongamos en práctica cuanto con alegría, sencillez, fe y agradecimiento, nos enseñas.

Valencia, junio de 2022.

✠ ANTONIO CAÑIZARES LLOVERA
Cardenal-Arzbispo de Valencia

Nota: El santo padre aceptó la renuncia de Mons. Cañizares el 10 de octubre de 2022.

INTRODUCCIÓN

Lo que el árbol tiene de florido vive de lo que tiene sepultado (Francisco Luis Bernárdez)

Hace unos años encontré una postal del monasterio benedictino de Alba de Tormes (Salamanca) en la que se podía leer una oración-mensaje que ahora reproduzco. Me parece que nos puede hacer bien a todos si la rezamos con el corazón y sin reservas, sobre todo aquellos que tenemos una cierta edad:

¡Señor, enséñame a envejecer como cristiano!

Convénceme de que no son injustos conmigo los que me quitan responsabilidades, los que ya no piden mi opinión, los que llaman a otro para que ocupe mi puesto.

Quítame el orgullo de mi experiencia pasada, el sentimiento de creerme indispensable.

Señor, que en este gradual desapego de las cosas solo vea la ley del tiempo, y considere este relevo en los trabajos como valiosa manifestación de la vida, que se revela bajo el impulso de tu providencia.

Pero ayúdame, Señor, para que yo sea todavía útil a los demás, contribuyendo con mi optimismo y oración a la alegría y el entusiasmo de los que ahora tienen responsabilidad. Que viva en contacto humilde y sereno con este mundo que cambia, sin lamentarme por el pasado que ya se fue, aceptando mi salida de los campos de actividad como acepto con naturalidad sencilla la puesta del sol.

Finalmente, te pido que me perdones, si solo en estas horas tranquilas del atardecer de mi vida, caigo en la cuenta de cuánto me amas y me has amado. Y concédeme que, al menos ahora, mire con mucha gratitud hacia el

destino feliz que me tienes preparado, y hacia el cual me orientaste desde el primer momento de mi vida. Amén.

Ante esa curiosa petición, «enséñame a envejecer», la pregunta sería: ¿pero, puede uno aprender a envejecer?

Confieso que mi condición de emérito desde julio de 2015 me está permitiendo vivir experiencias de silencio y reflexión, que considero muy necesarias y beneficiosas también para hacer este aprendizaje con mucha paz. El silencio hace posible escuchar la vida en su complejidad y nos capacita para la verdadera comunicación con los demás, escuchando y acogiendo en su interioridad y en su historia, en su carácter y en su diversidad. Esta escucha-acogida construye comunión. Y, además, es un itinerario por el que progresivamente adquirimos el señorío de nuestro «yo» y dejamos sitio al señorío de Dios. Porque, como decía san Pablo VI:

Estamos demasiado aturridos por tanto ruido, tanto tumulto, tantas voces de nuestra ruidosa y en extremo agitada vida moderna. Silencio de Nazaret, enséñanos el recogimiento y la interioridad, enséñanos a estar siempre dispuestos a escuchar las buenas inspiraciones y la doctrina de los verdaderos maestros. Enséñanos la necesidad y el valor de una conveniente formación, del estudio, de la meditación, de una vida interior intensa, de la oración personal que solo Dios ve¹.

Ya agradecí en su momento, y no me importa repetirlo, que la lectura orante de unas páginas sobre la jubilación² me ha supuesto de gran ayuda para ver algunas de las riquezas que conlleva pasar a formar parte del grupo de los que llaman

¹ SAN PABLO VI, *Filial homenaje a la Madre de Dios, y Madre nuestra, la Virgen María* (Iglesia de la Anunciación de Nazaret, 5-1-1964).

² CIPRIANO DÍAZ MARCOS, SJ, *Hacia una espiritualidad de la tercera y cuarta edad* (Manresa, 19-10-2017). Documento inédito.

«prescindibles». Aunque, por otra parte, tengo muy claro que ninguno de nosotros puede «prescindir» de seguir dando gloria a Dios y ayudando a vivir a los demás. Siempre hay que estar atizando el fuego para que no se apague. Por eso intento aprender y practicar lo que allí se dice sobre la sabiduría del mayor haciendo menos cosas con más gusto, frenando prisas y procurando dar ánimos a otros, creciendo en la relación amorosa con Dios y con mi entorno.

Tomar conciencia de los propios límites nos ayuda a madurar haciéndonos vivir de otra manera, con los pies en el suelo. Nos ayuda a valorar más evangélicamente las inevitables experiencias de desapropiación que acompañan la vida del emérito. No somos dueños de los dones recibidos, sino solo administradores. La realidad de nuestra vida es compleja y hay que ir disminuyendo añoranzas, apreciando lo que tenemos a mano y recordando con agradecimiento y confianza (cf. Flp 1,6), sin caer en el error de confundir actividad con misión.

En este tramo culminante de la vida, nuestra fecundidad no radica tanto en el hacer como en el ser. Realmente es un tiempo propicio para vivir más anclados en la gratuidad y la interioridad, que son valores evangélicos. Se dejan unas tareas y responsabilidades para emprender otros modos de acción y presencia menos determinados ya por la eficacia, la exterioridad y el activismo.

Pero la sabiduría del corazón no es necesariamente una prerrogativa de la edad. Es un don de Dios para saber pedir y vivir con sentido de responsabilidad: «Enseñanos a calcular nuestros días, para que adquiramos un corazón sabio» (cf. Sal 90,12). Y esa sabiduría es la que da la posibilidad de descubrir el sentido más profundo de la vida humana y el destino trascendente de la persona para no perder nunca de vista «la única cosa necesaria» (cf. Lc 10,42).

Por eso, creo firmemente que la solución para acertar a encontrar sentido a la vida, y para poder llevar a efecto aquel

mandato que recibió la humanidad desde el primer momento —«¡Creced!» (Gen 1,27ss)—, pasa por procurar seguir el camino de Jesús. Si aquel personaje bíblico cargado de años, Simeón, al encontrar a Jesús en brazos de su madre, exclamó que ya podía acabar su historia en este mundo (cf. Lc 2,28-30), los cristianos, al ir haciéndonos mayores, tendríamos que demostrar que haber encontrado y seguido a Jesús es precisamente lo que nos da ganas de vivir y una vida de mayor calidad.

Porque crecer no es opcional. Nacemos, somos pequeños, crecemos y nos desarrollamos pero, hay cristianos que siguen pensando y actuando como niños porque no se alimentan adecuadamente ni contrastan su vida con la Palabra (2 Tim 3,16-17).

Todos estamos llamados a llevar a la práctica el proyecto de Dios sobre el ser humano en todas las circunstancias de la vida ordinaria, fáciles o difíciles, y en el ambiente concreto en que estamos inmersos: familia, trabajo, alegrías y desgracias, buenas y malas noticias... Hay que ejercitarse habitualmente y con perseverancia en la práctica del Evangelio, en la vida de cada día, y sin esperar situaciones ideales o circunstancias propicias... Podemos fallar, pero tenemos que hacer ver con nuestra vida que el evangelio se puede vivir en nuestro quehacer ordinario y que contar con los defectos, propios y ajenos, no equivale a rebajar sus exigencias.

En una sociedad cada vez más plural resulta providencial encontrar voces serenas, objetivas, capaces de reconocer errores pero también capaces de entender la vida como una posibilidad de servir y de ayudar a vivir. Por eso, el apóstol Pedro nos insistirá en poner el mayor empeño en afianzar nuestra vocación y elección (cf. 1 Pe 1,10), y el Concilio Vaticano II (1962-1965) subrayó de muchas maneras que vivir la fe en las promesas de Dios, y vivir la caridad, lleva a los cristianos a comprometerse en la construcción de un mundo digno

del hombre³. En consecuencia, un cristiano siempre tiene que preguntarse de qué manera puede renovar e intensificar su presencia en el mundo y su misión evangelizadora.

Precisamente en la constitución conciliar *Gaudium et spes* encontramos un texto que nunca deberíamos olvidar:

La separación, constatable en muchos, entre la fe que profesan y la vida cotidiana se tiene que contar entre los errores más graves de nuestro tiempo [...]. El cristiano que descuida sus obligaciones temporales, falta a sus deberes con el prójimo; falta, sobre todo, a sus obligaciones para con Dios y pone en peligro su salvación eterna⁴.

Son palabras mayores pero pienso que hemos de preguntarnos, en ocasiones, cuándo dejaremos de contribuir a alimentar ese error que el Concilio califica de entre los «más graves» y a sacar las correspondientes consecuencias prácticas.

No podemos caer en la trampa de disociar la fe y la vida. Somos seguidores de Jesucristo las veinticuatro horas del día y los trescientos sesenta y cinco días del año: en el templo y en la calle; en casa, en la vida de familia y en el trabajo o en la escuela, durante el tiempo libre y en la diversión, y también en todas nuestras actividades y relaciones económicas, sociales y políticas.

Y, más allá de polémicas inútiles, los miembros de la Iglesia hemos de acertar a hacer resonar los valores y las exigencias del reino de Dios como algo realmente propicio y decisivo para la felicidad de todo el mundo. Hemos de situarnos en la sociedad procurando injertar en las realidades humanas la perspectiva del reino de Dios.

En cualquier caso, tenemos que seguir entendiendo nuestra misión como una presencia testimonial practicando los valores

³ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, 34, 38-40.

⁴ *Ibid.*, 43.

auténticamente humanos y evangélicos, ayudando a superar individualismos y localismos, a sentirnos responsables de todos y a educarnos para la mundialidad, que es uno de los rostros de la catolicidad. Y todo eso en un contexto de indiferencia creciente.

No podemos negar que ser cristianos, vivir como cristianos, es algo que se pone a prueba cada día más en nuestros ambientes, por lo que tendremos que remar muchas veces contracorriente, pero es precisamente ante las dificultades donde brota más fuerte el llamamiento a ser más coherentes con nuestra identidad de ser «sal» y «luz» en la sociedad. Y, a pesar de que el nuestro es un tiempo de purificación que puede llegar a cansarnos, estamos llamados a dar mejor sabor y más claridad a nuestro alrededor.

Los estudiosos aportan sus testimonios y aclaraciones constatando que en nuestro tiempo la tradición cristiana y la Iglesia católica están siendo poco a poco marginadas o minusvaloradas. La visibilidad de la Iglesia va decreciendo en muchos ámbitos y hay quien pide iniciativas que refuercen su visibilidad y la hagan notar más presente. Otros subrayan que descubrir estos desafíos nos tendría que llevar a un discernimiento, a una lectura de nuestra historia que nos lleve a intentar comprender más a fondo y de manera más crítica este fenómeno de la indiferencia, analizando sus causas y su evolución, y no tan solo a hacerle frente adoptando posturas combativas.

Todo esto hace que nos preguntemos: ¿De qué estamos hablando cuando reflexionamos sobre la indiferencia religiosa y pedimos más visibilidad a la Iglesia? ¿Qué es lo que estamos llamados a hacer visible en medio de una sociedad secularizada? ¿No sería mejor multiplicar por nuestra parte la oferta de experiencias de acompañamiento amoroso de tantas personas que circulan a nuestro alrededor buscando sentido en su vida? Hay incluso quien pide más experiencias de interiorización, aquellas experiencias espirituales que han sido siempre un terreno privilegiado para la evangelización.

Tendríamos que ser capaces de esforzarnos en superar la lógica de salvar las apariencias y asegurar más lo fundamental de nuestra oferta de sentido. En una época como la nuestra de cierta descomposición social necesitamos personas y comunidades cristianas más sólidas y muy fundamentadas en Jesucristo y en su manera de entender la vida y las relaciones humanas.

La temperatura moral que nos rodea no es precisamente alta y habrá que denunciarla cuando sea necesario, aunque sin olvidar la advertencia evangélica de mirar también quién está libre de pecado para empezar a echar piedras. Ciertamente hay circunstancias negativas, pero también las hay favorables.

Los cristianos hemos descubierto en Jesús el sentido trascendente de la vida y hay que anunciarlo y animar el desarrollo ético del mundo, estimulando todo aquello de positivo que se esconde en el interior de las personas. Entre todos hay que hacer que la sociedad que vayamos construyendo tenga más calidad y cimientos más sólidos y nobles. Porque somos servidores de esperanza: una esperanza que es confianza en la fidelidad de Dios que cumple siempre aquello que promete; se apoya en la presencia permanente de Jesucristo y de su Espíritu en la Iglesia y nos pide colaboración responsable.

Dios actúa en la historia mediante nosotros. Y nuestra docilidad a sus mociones al servicio de la iniciativa de Dios ha de estar cargada de creatividad, ocurrencias, sacrificios, proyectos, dedicación.

En nuestra vida, ser dóciles al Espíritu ha de ser poner en marcha todas nuestras cualidades. No las tenemos para que duerman sino para usarlas al máximo. Y todos los dones que hemos recibido los tenemos que poner al servicio de la iniciativa fundamental del Espíritu, que nos tiene que llevar a aquello que hoy denominamos la «inculturación» del Evangelio. Es una tarea difícil pero importante, y muy necesaria. Pasa a través de nuestra pequeñez y nuestras incapacidades.

Siempre será más aquello que falta que aquello que hemos logrado y, por eso, hemos de concebir el futuro como permanentemente abierto.

Y, si queremos seguir presentes de manera positiva en la construcción de una sociedad más de acuerdo con el Evangelio, tendremos que reforzar más nuestro testimonio y aquello que la Iglesia llama «el primer anuncio». Tendremos que reavivar nuestras celebraciones litúrgicas de forma que dejen ver más claramente una comunidad de hermanos y no tanto unos consumidores anónimos de sacramentos. Tendremos que multiplicar más y más los signos de servicio generoso a los pobres y, por las circunstancias particulares de nuestros países de vieja cristiandad, tendremos que hablar más de Jesucristo antes que de la Iglesia, un término que habría que utilizar con bastante más precisión para evitar equívocos.

Multiplicamos reuniones y asambleas buscando nuevas maneras de ofrecer la buena nueva en medio de nuestra sociedad tan cambiada, y participamos con interés para acertar a hacerlo en las mejores condiciones, pero sería conveniente hacernos una pregunta muy concreta: ¿hablamos de Jesús entre nosotros? Y, sobre todo, ¿hablamos de Jesús a los demás, a los de casa y a los de fuera de casa?

Cuando leo en el evangelio de Lucas (7,1-10) la curación de un enfermo, criado de un centurión romano, después de que su amo se la haya pedido a Jesús por medio de otras personas —una escena en la que Jesús llega a hacer una gran alabanza de la fe de aquel romano, de quien el texto solo dice «que había oído hablar de Jesús»—, siempre me viene a la cabeza la misma pregunta: ¿quién le habló de Jesús a este militar extranjero, pagano y miembro de las fuerzas de ocupación?, ¿quién habrá sido el intermediario?, ¿quién hizo este servicio de evangelización?

Vivimos con gozo la fe cristiana, pero hemos de ser conscientes y agradecer el servicio que otros nos han hecho en la

familia, en la escuela, en los grupos parroquiales, y en tantos otros ámbitos, ayudándonos a recibir el don de la fe y a crecer en ella. La verdad es que hemos llegado a conocer a Jesús gracias a otros creyentes y también nosotros hemos de ayudar y ayudarnos a hacer experimentar a nuestro alrededor la propuesta salvadora de Jesús como una buena noticia⁵, como algo que aporta sentido y que es determinante en las vivencias y decisiones de las personas.

Naturalmente, para poder hablar de Jesús, hemos que tener experiencias de encuentro personal con él, porque lo nuestro no es prioritariamente una doctrina o una ética. Es la persona viva de Jesús la que tenemos que acoger personalmente para encontrar el sentido último y definitivo en nuestra historia. Sabemos muy bien que la fe cristiana nace de y en la experiencia del encuentro personal con Jesucristo.

Como nos decía Benedicto XVI en su primera encíclica, «no se empieza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona que da un nuevo horizonte a la vida, una orientación decisiva»⁶. Por eso, revivir este encuentro es condición imprescindible para alimentar la alegría de creer⁷.

Recuerdo que un misionero, comentando aquellas palabras de Jesús «id, haced discípulos, bautizad y enseñad...», se preguntaba por qué predicando tanto, catequizando y enseñando tanto, hacemos tan pocos discípulos. Y señalaba que el evangelio nos presenta el acercamiento a Jesús como una experiencia de amor impactante, como una atracción irresistible: Jesús primero conquista el corazón de aquellos pescadores que están repasando las redes, de la samaritana que saca agua del pozo, del recaudador de impuestos, del rico curioso que se sube a un árbol; y después va enseñándoles.

⁵ Cf. SAN PABLO VI, *Evangelii nuntiandi* (8-12-1975) 18.

⁶ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est* (25-12-2005) 1.

⁷ Cf. FRANCISCO, *Evangelii gaudium* (24-11-2013) 3.

Nos hace falta, pues, actualizar esta experiencia de encuentro y alimentarla de forma que podamos comprobar hasta dónde nos afecta y nos pone en movimiento, como les sucedió a aquellos primeros discípulos que fueron pasando de discípulos a seguidores y, más tarde, a apóstoles-enviados a esparcir la buena noticia.

Cuando no se produce la renovación permanente de esta experiencia, puede haber una ruptura fatal: seguiremos exponiendo y enseñando el contenido de la fe, recordando y urgiendo la moral cristiana, celebrando sacramentos y prácticas religiosas, pero faltará lo esencial, la comunicación de la experiencia de la fe. Porque lo nuestro es saberse habitado por la presencia amorosa de Dios, sentirse seducido (cf. Flp 3,12).

Cuando no es así, la tentación puede ser replegarse y estrechar filas para defenderse de los «otros», lamentándonos de que ciertas realidades eclesiales tengan poco dinamismo interno y, en consecuencia, poca presencia externa; más aún cuando vemos que algunas cosas, que nos parecían centrales, ahora van quedando al margen o tienen poca consideración social, y que la nuestra no es ya la única propuesta de sentido en una sociedad plural.

Pues Jesús nos pide ser presencia transformadora en estos ambientes y, con la gracia de Dios, hemos de hacer todo lo que esté en nuestras manos para conseguir vivir como los girasoles, tomando la luz del alto y orientando nuestras mentes y nuestros corazones, nuestra atención preferente, hacia aquellas personas y realidades que van alejándose por tantos motivos y a quienes tenemos que ofrecer la buena nueva de Jesús, «remando mar adentro», como nos pedía san Juan Pablo II⁸. Porque creer en el Dios vivo y encarnado es siempre un llamamiento a tomar seriamente la historia.

⁸ Cf. SAN JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia* (17-4-2003) 20, 26, 59 y 62.

Es hacer como Francisco de Asís cuando Dios le hizo sentir interiormente aquella voz («Reconstruye mi casa, ¿no ves como se ha deteriorado?»), y este empezó a reestructurar aquella pequeña capilla de San Damián y a vivir de manera diferente.

También nosotros ahora estamos llamados a mantener y dinamizar la Iglesia hecha de personas vivas. Y lo hemos de hacer mediante un necesario discernimiento que nos lleve a asumir cada uno la propia responsabilidad, adaptándonos a las nuevas circunstancias, sin miedo y con confianza. Abandonando el cómodo criterio de los que dicen «siempre se ha hecho así» y siendo audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos. Y también es muy importante no querer hacerlo solos y contar siempre con otros hermanos⁹.

Sabemos que es Dios quien proyecta, decide y realiza el misterio de la salvación mediante Cristo, pero esta realidad se continúa por la acción de personas concretas (cf. Mc 3). La iniciativa es siempre de Dios, que traza de diferentes maneras las líneas de nuestra vocación, pero todos los bautizados hemos sido objeto de un llamamiento como el que Jesús hizo a sus primeros colaboradores, enviándolos a proclamar y promover el reino: estamos llamados a seguirlo de cerca, libres de vínculos y de intereses, y generosos en el servicio, como corresponde a la condición diaconal de toda la Iglesia.

Intentemos seguir las huellas de Jesús arraigados allá donde estemos, pero abiertos a todo el mundo y queriendo leer los acontecimientos desde la fe para ver el paso de Dios en nuestras vidas, a pesar de las inevitables crisis. Los organismos vivos crecen con las crisis. El problema no son las crisis, sino cómo las afrontamos y cómo intentamos superarlas.

Como dijo Machado: «Creí mi hogar apagado, removí las cenizas y me quemé la mano». Sí, soy de los que creen que

⁹ Cf. FRANCISCO, *Evangelii gaudium* (24-11-2013) 33.

bajo la gruesa capa de ceniza de nuestro catolicismo hay todavía un rescoldo vivo, unas brasas que hay que avivar, recuperando y agradeciendo el sentido de nuestra unción bautismal: en la Biblia, todo el que recibe una unción es consagrado para una misión.

Porque la ancianidad no es aún el momento de «abandonar los remos en la barca». Este período de la vida es distinto de los anteriores, no cabe duda; debemos también inventárnoslo un poco, porque nuestras sociedades no están preparadas, ni espiritual ni moralmente, para dar a este momento de la vida su valor pleno¹⁰.

Como nos acaban de recordar los obispos españoles¹¹, hay que dar más valor a las personas mayores a través de nuevos instrumentos que ayuden a escucharlas, a educar para asumir dicha etapa de la vida, entendiéndola como una nueva oportunidad, aunque todo esto traiga consigo una respuesta revolucionaria, tanto social como pastoral, de la que hoy nuestra sociedad está tan necesitada y que las nuevas generaciones agradecerán de manera inestimable. Tener proyectos y llevarlos a cabo mejora la calidad de vida, a nivel físico, psicológico y espiritual, ya que creerse un «estorbo» supone renunciar a ideales de ayuda a los demás, lo que puede llevar a la persona mayor al tedio y a la pérdida del sentido de la vida.

Jubilados o no pero, hasta el último día, llamados a vivir en la perspectiva de quienes quieren entender el mundo y la historia desde Jesús siervo.

¹⁰ Cf. FRANCISCO, *Audiencia general* (11-3-2015).

¹¹ Cf. CEE. SUBCOMISIÓN EPISCOPAL PARA LA FAMILIA Y DEFENSA DE LA VIDA, *La ancianidad: riqueza de frutos y bendiciones. Orientaciones para la pastoral de las personas mayores* (EDICE, Madrid 2022) 25.